

El camino de la vocación cristiana.

Autor / Author

RUPNIK, Marko Ivan

Editorial / Publishing company

EDITORIAL BAC, Madrid 2016

En el estilo habitual de los libros en los que Marko Ivan Rupnik hace hablar al monje Boguljub, el jesuita esloveno nos ofrece aquí un camino de discernimiento a través del artificio narrativo del diálogo, que, de hecho, supone ya una primera indicación práctica de cómo proceder en ese discernimiento.

En la primera parte, “Creados para la vocación” nos invita a adentrarnos en el camino del discernimiento espiritual como ejercicio de la sabiduría, que es el de la auténtica libertad ya que la cultura actual, frente a lo que puede parecer

(...) si puede presumir de algo es precisamente de haber construido un sistema casi perfecto para crear dependencia y persuasión. (...) El problema de esta cultura no es ni científico ni ecológico, ni siquiera ético en primer lugar, sino espiritual: saber discernir qué pensamientos permitir y desarrollar, qué intuiciones seguir, qué sentimientos cultivar, que cosas tienen importancia y cuáles, por el contrario, parecen sólo importantes, apremiantes, urgentes... (p. 5).

La clave del discernimiento por la sabiduría está en el amor, que

(...) es el que da la vida. Algunos contenidos que quizá ya se han olvidado o sepultados, resucitan en nosotros porque nos encontramos con alguien que los ama y que nos los transmite, no solo como un simple contenido, sino junto con la relación que le une a ellos. Y, además, cuando hablamos de las verdades de la vida, de contenidos que hacen referencia al sentido, al significado, a las raíces de la vida, son estos contenidos los que nos aman, y los que nos aman también a través de las personas que cuidan de los misterios que los expresan. (p. 6).

Desarrolla así el sentido de la vocación como la visión que Dios tiene de cada uno, y esto es importante, no como un proyecto personal diseñado, *a priori*, por nosotros en la mesa de estudio y "que después llevamos a cabo sin piedad, obligando a todo el mundo a realizar lo que hemos proyectado" (p. 8) y la compara con el ejercicio del artista, quien lleva adelante su visión de dos maneras en diálogo y en correspondencia: la expresión y realización interna por un lado y la permanencia interna de esa visión por otro.

El fundamento del hombre está en Dios y es accesible al hombre a través del diálogo. Diálogo quiere decir que hay al menos dos personas que hablan entre ellas. Hablar presupone una relación, y la relación está basada solamente en el amor. Pero cuando decimos amor, nos arriesgamos a hablar de un misterio tan grande que no es accesible a nuestra inteligencia. Por eso algunos teólogos hablan de la Sabiduría, porque la Sabiduría es una dimensión inteligible del amor de Dios, por así decirlo (p. 9).

De modo que, resume el autor, la vocación es la visión de Dios sobre nosotros que se realiza en el amor y para la que Dios nos ofrece todos los elementos necesarios: tiempo, espacio, personas, dones y talentos que hemos de poner en juego con nuestra libertad.

Dios nos ha hecho a su imagen, y siendo Logos, somos el logos del Logos: "la persona humana es un ser al que se le dirige la palabra" (p. 10). Dios nos ha creado en diálogo, por lo que el mundo es el lugar para ese diálogo, no un mecanismo opresor. Si Dios nos crea en diálogo, primero, lo hace con una palabra que podamos comprender y, segundo, Dios nos permite llegar a comprenderla por medio de su presencia trinitaria en nuestro corazón. El amor es la libre adhesión a la vocación de Dios: "cuanto más maduro es el amor, más se acerca al amor de Dios, y más libre es de cualquier restricción, de cualquier necesidad" (p. 16). Por eso, el amor se hace presente a la manera del ausente, porque es libre. Y el amor exige, además, una experiencia personal.

El que ama, experimenta el amor como una energía que penetra su actividad, su psique, su cuerpo, su espíritu, una energía completamente suya. El amor es un movimiento, una fuerza que la persona experimenta como lo que la caracteriza de la manera más irremplazable, irrepetible, inconfundible... (p. 16).

Vivimos el amor de manera libre y creativa cuando nos dejamos invadir por Dios y su gracia, cuando nos dejamos penetrar por su gracia y lo experimentamos como absolutamente único y al mismo tiempo totalmente universal. Y al mismo tiempo "experimentamos también nuestra fragilidad, que conseguimos aceptar solamente porque es amada, porque está envuelta en la misericordia" (p. 17).

La vocación del hombre está infundida por el soplo del Espíritu en la creación: el hombre reúne el polvo de la materia de la creación, y a la vez está llamado a darle unidad por el soplo

del sexto día. Si nos olvidamos de esta llamada, nos quedamos “mirando hacia atrás”, a los otros cinco días.

El miedo al que tenemos que hacer frente es el de creer que el abandono en el amor de Dios suponga anular nuestra voluntad. Pero es que eso supone querer entender el misterio de Dios con las categorías que explican nuestro mundo, no el del Misterio. Y la voluntad de Dios no puede ser nada distinto a lo que es Dios: amor. Descifrar la voluntad de Dios supone comprender las señales en las que se manifiesta, esto es, su lenguaje. Lo cual supone a su vez la capacidad de dialogar con Dios a partir del fundamento de ese lenguaje, de estar en sintonía con Él. Nos encontramos así con una gran dificultad, nuestra voluntad, enferma por el pecado, que corrompe la visión.

Nuestra voluntad se atribuye a sí misma un valor absoluto, lo cual no es malo en sí mismo, si no fuera porque niega este mismo valor absoluto a los demás. Todos experimentamos la fuerza de nuestra voluntad autoafirmativa, que genera una energía capaz de exaltar nuestra individualidad de un modo exclusivo y unilateral. Los Padres llamaban a este movimiento, a esta energía, “amor por la propia voluntad”, *filautí*. San Máximo el Confesor, por ejemplo, explica esta voluntad como una pasión, como un movimiento posesivo, autoafirmativo, que se levanta de una vorágine, del terrible vacío abismal en el que se encuentra el hombre después de haber consumado el pecado con el que se ha separado de Dios. (p. 29).

No se puede hablar de cumplir la voluntad de Dios sin hablar del pecado. Que es el que nos hace ver a Dios como un límite para nuestra libertad, porque es la corrupción del amor, de ahí que afirme que “la enfermedad más grande de la voluntad humana es no querer admitir el fracaso” (p. 31). Por un lado, Dios nos quiere cocreadores, pero por otro, hemos roto la armonía. Y si nos quedamos atados a nuestra dolencia, no seremos capaces de amar. Quien se empeña de modo voluntarista en cumplir una serie de valores a costa de su mero sacrificio, puede llegar al heroísmo, sí, pero al mismo tiempo a la infelicidad... con la vida no hay que tener una relación ni comercial, ni despreocupada.

Dedica la segunda parte a reflexionar sobre la relación “vocación y redención”, porque la vocación humana a la plenitud coincide con la redención.

Nosotros, los hombres, nos esforzamos por individualizar los pecados y nos concentramos una vez sobre un acto, otra vez sobre otro. Pero no es fácil darse cuenta de que el pecado viene antes y que la misma visión es falsa. La redención significa, ante todo, una intervención saludable sobre nuestra capacidad de ver, de contemplar, de conocer, de sentir y de querer. Si no se comprende la salvación de un modo tan radical, se la acaba identificando (interpretándola mal evidentemente) una vez con un aspecto, otra vez con otro, dejando, sin embargo, el ojo sucio, la visión distorsionada. Así, la salvación se

comprende dentro de una visión y de un pensamiento influidos por el pecado. Pero la obra de la salvación no es sólo una curación, una purificación, la reparación de un mecanismo roto. Es una regeneración propiamente dicha, desde el momento en el que el baño en el amor de Dios es tan radical que constituye un nuevo comienzo. (p. 37).

La vocación cristiana, por tanto, es descubrirse hijos en el Hijo en todo lo que vivimos, pensamos, sentimos y hacemos... y en comunión con los demás. Gracias al perdón tenemos la certeza de que Dios ha actuado en nosotros y nos ha renovado por completo, restaurando primero con el bautismo la condición de hijos, y luego en cada confesión:

(...) el perdón de los pecados, que sólo Dios puede conceder, es un hecho de una certeza tal para el hombre que puede significar verdaderamente una novedad radical. Para cualquier otra experiencia, por mística o espiritual que sea, es necesario el discernimiento, para saber si se trata realmente de una acción de Dios, de un don suyo, o de una ilusión nuestra, una sugestión o un auto-convencimiento. La experiencia del perdón de los pecados, sin embargo, es la piedra fundamental del camino espiritual y también del discernimiento. (p. 42).

Cuando el hombre se encierra en sí mismo, por mucho que pretenda elaborar teorías éticas y morales muy elevadas, vive como en la cueva platónica, viendo una película, un eco de lo que hemos perdido de vida montado por nuestra inteligencia en un esfuerzo titánico y voluntarista, pero alejado de la fuente.

El sentido de la vocación es la felicidad. (...) La satisfacción pertenece al mundo del individuo y es producida por él. Son los deseos y los sueños realizados. Pensados, deseados y realizados. Por el contrario, la felicidad forma parte del misterio. Es una sorpresa. No la podemos proyectar, sino que viene a nuestro encuentro. Y en el encuentro, yo no puedo gestionar y programar todo, porque el otro es libre. (...) Está claro que siempre tenemos deseos. Pero en la medida en la que éstos son expresión de un corazón que ama, más espirituales son. Y, cuando tengo en el corazón deseos que brotan del amor y encuentro una persona que quiere para mí una cosa que se corresponde con el amor, pero en una medida muy superior, como si hubiese querido una cosa en blanco y negro porque no me he atrevido a pensar en más y después se me da en colores, es la felicidad. La felicidad es un don, una sorpresa, esperada, preparada, pero no gestionada. (p. 53).

Finalmente, describe en la tercera parte el itinerario del discernimiento vocacional. En ella expone el discernimiento de acuerdo con la metodología propia de los Ejercicios Ignacianos, en orden a purificar la propia mentalidad y la voluntad.

La dureza de juicio y de corazón es una clara muestra de hasta qué punto nos autoafirmamos en vez de dejar que sea Dios quien actúe en nosotros. No es nuestra ascesis ni nuestro esfuerzo los que consiguen alcanzar el amor de Dios... es pura gracia. Es la humildad. Por eso la primera inquietud no ha de ser dar testimonio, sino la calidad de la vida de fe, ver con los ojos de Dios. El testimonio es consecuencia, porque para darlo, primero hay que ver.

El discernimiento implica poder dar el paso a la verificación de nuestro pensar espiritual, un camino que lleva una vida, un trabajo, no un logro fácil ni definitivo. Las derrotas serán vistas como momentos providenciales, los fracasos, como momentos para madurar... y una verificación del querer espiritual, que supone verificar si lo que comprendo intelectualmente (de toda la realidad y el misterio pascual) lo quiero y lo quiero para mí. Es el camino que siguió Cristo aceptado como el que tengo que seguir yo, si lo quiero y lo deseo para mí. Concluye el libro, señalando las dificultades que tener en cuenta, la primera y fundamental de las cuales es el deseo de tener una certeza matemática, consecuencia de una mentalidad racionalista. ■

AGEJAS ESTEBAN, José Ángel

Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)